



APUNTES EN SUCIO
MANUEL JABOIS

Sueños doblados

EL SÁBADO por la noche un amigo me contó lo que le había ocurrido hace años en un vuelo a Lanzarote. Allí, sentado en uno de los primeros asientos, estaba Miliki. Al pasar por el pasillo muchos pasajeros lo saludaron con afecto y no pocos le instaron a que les dijese el «cómo están ustedes». Miliki iba soportando aquello con el rostro neutro y una sonrisa de compromiso, educada y breve. Con el avión por los cielos, se levantó de golpe, giró el cuerpo hacia todo el pasaje y con las manos a modo de altavoz gritó: «Cómo estaaaaaaan usteeeeeeeeedes». Y aquellos hombres y mujeres, sesentones, cuarentones, veinteañeros y niños, se levantaron al unísono y gritaron: «Bieeeeeeeeeen». Fue uno de esos momentos que justifican volar, dijo mi amigo, todos allí suspendidos en el cielo gritando como críos con la piel de gallina. De mañana me enteré de la muerte de Constantino Romero y recordé la anécdota; con ella, la magnética unanimidad que tienen ciertos personajes públicos al morir. La sensación de que con ellos se despeñan trozos de un tiempo y un país, y que además entornan la puerta dejando en el aire, agitadamente, una curiosa sensación de orfandad. Hombres buenos, estimados. Acaso los hay más valiosos y con más huella que

«Con la muerte de ciertos personajes, se despeñan trozos de un tiempo»

no procuran un sentido patrimonial, un arrebato de pertenencia general como el que envuelve a Landa (al que se le ha señalado el *landismo* como tara cuando fue un mal necesario, incluso políticamente), Romero o el propio Miliki. Imagino a Romero concediendo repetir las frases de los seres mitológicos que le tocaron interpretar y alrededor de su figura, como de una abuela al fuego, una audiencia encantada que creció con él a la espalda, fuera de foco, ajena esa faceta a la proyección pública de sus concursos, donde repartía dinero al contrario que en el cine, donde se ponía a doblar sueños.

TRIBUNA / POLÍTICA / JUAN SÁNCHEZ GONZÁLEZ

El dilema y el sistema

GUERRA CIVIL, Transición y Democracia han sido las respuestas adoptadas frente a los grandes dilemas planteados a la sociedad española en los últimos 80 años. Ninguna de ellas fue consecuencia inexorable de situaciones y contextos precedentes, con lo que bien pudieron haber sido otras las decisiones y resultados históricamente alcanzados. Se produjeron en circunstancias límite, en críticas encrucijadas donde la colisión implacable del pasado con el futuro impregnó de incertidumbre un presente que, aparentemente sólido, se tornó quebradizo e inestable. El presente, ese tiempo que pierde su genuina consistencia cuando se experimenta la necesidad de que el futuro deseable se aleje del previsible, y cuando se desvanecen certezas y consensos sobre el pasado y su influencia en la estructura de la realidad; una realidad que si alcanza cotas insatisfactorias e insoportables incitará los deseos de romper esa fatídica y previsible continuidad temporal, la que venía otorgando solidez y densidad al presente.

Que la Guerra Civil no fue inevitable para resolver los grandes dilemas de la España republicana es algo ya incontrovertible, aunque se convirtiera en una dramática realidad con la que acabó «resolviéndose el dilema» de muchos españoles, y dejara drásticas secuelas que otorgaron una patética singularidad a la posterior evolución histórica española. Cuatro décadas después, la manera en que se sustituyó el franquismo por un régimen representativo legítimo y homologable también pudo haber sido diferente; si bien, la concreción que alcanzó en los 70 permitió que una mayoría de españoles se sintieran orgullosos y valoraran positivamente tanto el procedimiento como los logros y objetivos alcanzados.

Durante un tiempo se presentó a la Transición española como un modelo ejemplar, incluso exportable, pero pronto se atenuó el diapason y relativizó la significación de personajes y acontecimientos. La calificada de Transición modelo pasó a ser considerada como un modelo entre otros posibles de Transición, con sus pros y contras, aunque eso sí, bien interesante e instructivo. Un modelo que en los últimos años está siendo sometido a un exagerado cuestionamiento, tanto en ámbitos políticos como académicos, y por sectores de la opinión pública y de los medios informativos que inciden en conjugar Transición con transacción, e incluso traición, subrayando la importancia perniciosa de pactos, claudicaciones y componendas, y el carácter oligárquico y opaco de los centros de poder y decisión.

Resulta curioso conectar estas variaciones interpretativas con cambios generacionales. La visión más negativa de la Transición se localiza especialmente entre los sectores cuya experiencia vital se encuentra más alejada de aquellos momentos históricos, mientras que quienes los vivieron y protagonizaron son partidarios mayoritariamente de la versión complaciente y heroica. Con independencia de los desenfoques causados por la desconsideración o subjetivización del contexto –imperdonables en todo caso si quienes hacen estas valoraciones son historiadores– también merece interés relacionar estos planteamientos con las cambiantes sensaciones y situaciones experimentadas por los españoles

en los últimos 40 años. Entre la primera y la tercera interpretación se pasó de las ilusiones y expectativas colectivas y de la incertidumbre sobre si se habría acertado con la fórmula elegida, a una situación de agotamiento y descrédito de un modelo envejecido y anacrónico, que muestra preocupantes disfunciones y viene provocando profundos dilemas en la sociedad española actual. En medio de todo ello, unos años de modernización y desarrollo en los que fue generalizándose tanto la sensación de objetivo y expectativas cumplidos, como la satisfacción de haber acertado en la solución del dilema planteado a la muerte del dictador.

La Democracia, objetivo proclamado de la Transición y el régimen más esquivo de nuestra historia contemporánea, adquirió su perfil singular en los años 80, superadas las incertidumbres transicionales y adquirida plena conciencia sobre la viabilidad externa e interna de la fórmula elegida. Resuelto el dilema de la sustitución del franquismo, comenzó a funcionar un sistema con unos contornos delimitados por dudas, temores e ilusiones vinculados a circunstancias históricas excepcionales, y cuya duración debía depender razonablemente de su funcionalidad. La consistencia y perdurabilidad del nuevo sistema se supeditaba a su capacidad para afrontar y resolver adecuadamente los futuros dilemas que aflorarían en un contexto histórico radicalmente diferente al que propició su alumbramiento.

Cuarenta años más tarde nos enfrentamos a



«Lo que está en cuestión es la viabilidad y calidad de la democracia, que puede mejorar pero también empeorar»

un severo dilema insensatamente postergado –se pierden en la *nebulosa* de los tiempos las apelaciones periódicas sobre la necesidad de una *segunda transición*– y que sin dilación debe ser abordado con responsabilidad y decisión. En contra de lo ocurrido en los 70, lo que se dilucida ahora no es un cambio de modelo porque afortunadamente no parecen concebibles alternativas a la democracia. Se trata de algo más sutil pero revestido de extraordinaria importancia, porque de la crisis actual, que no es sólo económica sino sistémica, no cabe asegurar que vayamos a salir con más democracia, pues los síntomas evidencian precisamente lo contrario. Además de la aptitud para asegurar el mantenimiento y necesaria actualización de las conquistas adquiridas que merezcan ser preservadas, lo que está es cuestión es la viabilidad y calidad de la democracia, siempre susceptible de mejora pero también de ostensible empeoramiento.

DE LA capacidad y voluntad para encarar los dilemas actuales sin otros tabúes, ni condicionamientos que los que imponga la voluntad general, dependerá el afianzamiento o la desnaturalización de un sistema que tanto costó construir, con el que se nos identifica y en el que nos reconocemos. La trascendencia de la actual situación, además de a la crisis económica, se debe al agotamiento y degradación de un modelo donde no encuentran cauce ni regulación los principales antagonismos existentes en la sociedad española, en la medida en que la política y

los políticos, cuya credibilidad constituye la auténtica clave de bóveda del sistema, comienzan a ser considerados no ya como solución, sino como uno de los principales problemas. Una grave inconveniencia que no pocos de ellos, lejos de combatir, están acrecentando con sus actuaciones y omisiones. Y también, por esa sensación de creciente anacronismo y obsolescencia de un sistema que ampara comportamientos e instituciones acumuladores de vicios amplificados y no corregidos, y que muestran una creciente incapacidad para adaptarse y responder a las exigencias cambiantes del entorno.

Recientemente he concluido la lectura de dos libros tan clarificadores como recomendables. En *Todo lo que era sólido* Muñoz Molina promueve una ineludible reflexión colectiva y advierte lúcida sobre la fragilidad de las cosas y los recuerdos, sobre la posibilidad de que lo conseguido pueda perderse, porque nada dura eternamente. En *Pensar el siglo XX*, el añorado Toni Judt, con su proverbial agudeza y desenfado, constata sin proponérselo esta advertencia cuando refiere lo sucedido a los británicos gobernados por la Dama de Hierro. Seamos conscientes, aprendamos lecciones de la Historia. Y actuemos para que el sistema no zozobre por el dilema, para que sin colisiones estridentes el pasado y el futuro recuperen la fluidez de su diálogo. Y así, el presente adquirirá una renovada densidad, la que nos permita evolucionar con el tiempo y seguir reconociéndonos en la imagen que vayamos proyectando en el espejo.

Juan Sánchez González es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Extremadura.